

Testimonio y compromiso social

HUGO ESTRADA

Con facilidad se tiende a identificar evangelización con proclamación, nada más, del Evangelio. Esto es peligroso, pues puede llevar al cristiano a desentenderse de los problemas sociales, que esperan una solución cristiana. Cuando Jesús envió a bautizar, a hacer discípulos, a enseñar, de ninguna manera estaba indicando que el cristiano debía evadir sus compromisos de tipo social. Esto se puede comprender mejor si se profundiza la manera cómo Jesús envía a sus apóstoles el día de la resurrección, en el Evangelio de san Juan. Jesús, después de haberles dado la paz, después de haberlos calmado, les dice: “Como mi Padre me envió, así los envío yo también a ustedes” (Jn 20,21). Jesús propone “su envío” como modelo de lo que debe ser el “envío” de los apóstoles.

Cuando llega a la sinagoga de Nazaret para comenzar su evangelización, Jesús explica concretamente para qué ha sido enviado. Dice que llega para traer el Evangelio, para curar a los enfermos y para liberar a los oprimidos (vea Lc 4, 18-19). No sólo llega a “proclamar” las buenas noticias. Llega también para ayudarles a solucionar sus problemas a los que en la sociedad están enfermos y oprimidos por algo. Jesús, en su obra evangelizadora, se muestra como el “siervo” que se ha despojado de su categoría de Dios y ha venido a compartir con los hombres sus penas y alegrías. (vea Fil 2,7). En la Última Cena, Jesús se pone a lavar los pies a los discípulos, mientras les dice: “Yo estoy entre ustedes como el que sirve”. Ya antes les había dicho: “El hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir” (Mc 10, 45).



BSCAM

Jesús libera de opresiones físicas, psicológicas y sociales.

El evangelizador es el que ha sido enviado, “como Jesús”, para servir. Para lavar los pies a los demás. Jesús proclama el evangelio, pero, al mismo tiempo, sana enfermos, consuela afligidos, resucita al hijo de la inconsolable viuda de Naín, impide que la mujer adúltera sea apedreada por el pueblo. Defiende a los pobres contra las injusticias de los que los explotaban. Da de comer a los hambrientos. El evangelizador, “enviado como Jesús”, no llega sólo para proclamar desde lejos el Evangelio. Llega para “encarnarse” en el mundo, en la cultura de sus hermanos. Viene a traer la luz del Evangelio, que Jesús le ha encomendado, para iluminar las instituciones, el arte, el mundo del trabajo, de la política. El evangelizador no llega sólo para contar que tiene un bonito evangelio, sino para demostrar con los hechos que ese Evangelio es liberador de conciencias y de estructuras sociales de pecado.

La obra social que la Iglesia propicia no es sólo un “gancho” para atraer a la gente. Sería inmoral. La obra social y política que la Iglesia desarrolla en el mundo es el resultado del Evangelio que se resume en la palabra amor. La Iglesia enseña a los evangelizadores a servir en

obras sociales y políticas, no para atraer prosélitos, sino como una exigencia del mismo Evangelio. El mandamiento principal, el “gran mandamiento” de Jesús fue: “Un mandamiento nuevo les doy: que se amen unos a otros como yo los he amado” (Jn 13,34). Las obras sociales son exigencias del amor. Si amamos a los hermanos, no podemos contentarnos con exponerles teóricamente el camino de la salvación. Tenemos que acompañarlos en ese camino.

San Juan era un apóstol muy místico y muy práctico; por eso escribió: “El que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano en necesidad y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Jn 17,18). El evangelizador es un enviado, “como Jesús”, a cumplir la misión de servidor, para lavar los pies. Esto complica grandemente lo que es el testimonio en la evangelización.

Si se ve a un evangelizador que sólo sabe “proclamar” el Evangelio y no tiene compasión para acompañar a sus hermanos necesitados, entonces se va a desconfiar de su predicación.

El evangelizador, que imita a Jesús, se presenta como él, diciendo: "He sido ungido por el Espíritu Santo para PROCLAMAR el Evangelio, para SANAR a los enfermos, para colaborar con los problemas de los que estén OPRIMIDOS por algo". Todo esto indica que ser evangelizador, a la luz del Evangelio, es algo muy comprometedor. En la parábola del buen samaritano, Jesús no aprobó la conducta de los que por ir a rezar al templo dejaron a un hombre malherido a la vera del camino y no lo atendieron. El prójimo asaltado por los bandidos, que estaba a la vera del camino, en ese momento no necesitaba que le fueran a predicar el evangelio. Lo que le urgía era que alguien le llevara aceite y vino para curar sus heridas. Hay circunstancias en que la evangelización consiste en sacrificarse por atender al hermano en necesidad. Ese testimonio de caridad es la mejor predicación para él en esa circunstancia. Evangelizar, en otras palabras, es hacer todo lo que hacía Jesús con las demás personas. Les proclamaba el evangelio. Les sanaba. Les consolaba. Les liberaba de sus opresiones físicas, psicológicas y sociales.

El testimonio de la comunidad

Algo determinante en la evangelización es el testimonio de las comunidades donde reina el amor, el ambiente de oración, de justicia, de verdad. Una comunidad evangelizada es luz en medio de las tinieblas que reinan en el mundo. San Agustín afirma que, al ver a los primeros cristianos, la gente decía: "¡Cómo se aman!" Causaba impacto en la sociedad egoísta de los romanos y de los griegos la actitud de los primeros cristianos; hasta habían llegado a poner sus cosas en común para ayudarse mutuamente. El libro de Hechos da cuenta de las primeras comunidades; informa que se reunían para la enseñanza de los apóstoles, para la Eucaristía, para

la vida de caridad (vea Hch 2,42). Luego añade: "Todos los que habían creído estaban juntos y tenían en común todas las cosas; vendían sus propiedades y sus bienes y los repartían a todos según la necesidad de cada uno". Más adelante continúa: "Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común" (Hch 4,32).

Se pueden discutir las palabras, los conceptos, las enseñanzas; pero cuando aparece una comunidad de amor, de justicia, de verdad, no hay más que "agachar" la cabeza y aceptar que allí está Dios. Por eso no puede haber evangelización eficaz si no se aprecia la vivencia del Evangelio en los individuos y en las comunidades. Nuestros obispos de Latinoamérica nos urgen a formar cada vez más pequeñas comunidades eclesiales en donde se pueda descubrir las cualidades de las comunidades de los Hechos de los Apóstoles. En una numerosa misa del domingo, es muy difícil que la gente llegue a conocerse, a

amarse, a ayudarse. Pero si la misa está formada por las pequeñas comunidades, si la parroquia es una "comunidad de comunidades", entonces la Eucaristía del domingo no va a ser la reunión de unos desconocidos, sino el encuentro de personas que, de una u otra forma, se han encontrado previamente en las varias comunidades de la parroquia. Éste es un testimonio de amor y de fe que debe servir para que los "alejados" se sientan cuestionados a volver a la iglesia.

En las grandes ciudades, la gente llega a perder su identidad: se llegan a sentir como la minúscula pieza de un enorme engranaje. Las pequeñas comunidades de la iglesia pueden ser una respuesta contra la soledad que sufren muchos. Pero no deben quedarse allí, en una simple reunión de tipo social; hay que buscar que estas comunidades sean centro de oración profunda, de meditación bíblica, de caridad. Todo esto hará que las personas maduren en su fe, que lleguen a una conversión más profunda y que se conviertan en evangelizadores entusiastas.

